





# LA IRA DEL CERVAL



A.V. Corzo

# LA IRA DEL CERVAL



Primera edición: diciembre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© A. V. Corzo

ISBN: 978-84-18544-38-5

ISBN digital: 978-84-18544-39-2

Depósito legal: M-27030-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Begoña,  
la guardiana de mis palabras*



# ÍNDICE

## PRIMERA PARTE

La casa de los condes.....	13
Bernat.....	27
El murmullo del río.....	49
Saori (Japón, un año antes).....	55
Despedida.....	95

## SEGUNDA PARTE

Regreso a Japón.....	103
Gigen.....	137
La montaña caída.....	153

## TERCERA PARTE

Las cartas del tiempo.....	181
La visita.....	185
Marcus.....	199
Una noche de luna.....	223
Pi.....	231

## CUARTA PARTE

Espectros en la bruma.....	273
El lobo cervical.....	289
Kamakura.....	305
El alcanforero.....	331
El congreso de matemáticas (1996).....	337

El regalo .....	347
Piedras blancas .....	355
Hermanos .....	373
Nobleza .....	381

#### QUINTA PARTE

El sueño nórdico .....	391
Coria del Río.....	457
Despertar .....	477

# PRIMERA PARTE



## LA CASA DE LOS CONDES

La carretera que llevaba a la casa de los condes se mostraba sombría ese día, como si la naturaleza se sumara al duelo por aquel que se había ido y, sin embargo, algo en mi interior todavía albergaba la esperanza de encontrarlo a mi regreso, como si la línea que divide vida y muerte no fuese suficiente para separarnos.

El taxi se detuvo ante las puertas de hierro que daban entrada a la finca, a través de ellas podían verse los coches de aquellos que aguardaban para dar su pésame, y por un instante me sentí tentado de pedirle al conductor que arrancase de nuevo, tras un momento de vacilación bajé del vehículo, y pagué al fatigado taxista, que casi con pereza pareció retomar de nuevo su camino, como el que sabe hacia dónde conduce y no quiere regresar. Me quedé observando cómo desaparecía el taxi entre las curvas de la carretera, de espaldas a la casa, inmóvil. Entonces una voz pronunció mi nombre rompiendo el tenso silencio. Su figura era imponente, su gran envergadura, junto a sus canas y arrugas le daban un aspecto sobrio, en cierto sentido distinguido, lo que no impedía entrever incluso a través del traje, un físico dedicado al deporte. Marcus Itoshi había sido el mejor amigo de mi padre, era su hombre de confianza y por su expreso deseo, se convirtió desde que cumplí los ocho años, hasta que me fui a la universidad, en quien supervisaría mi formación física tanto en el colegio como fuera de él. Al verlo, casi realizo el saludo tradicional, tuve que hacer un esfuerzo por contenerme, pero él se acercó y sin mediar palabra me abrazó con fuerza, casi con ternura. No sé si tengo recuerdos de un abrazo por

parte de Marcus, tal vez cuando aún era un niño, pero fue algo tan extraño por inusual, que me devolvió de inmediato a la realidad de mis presentes circunstancias.

Por el camino que conducía a la casa fuimos acompañados por el sonido producido por la zavorra bajo nuestros pies, que parecía reemplazar las palabras que ninguno se atrevía a pronunciar, para una vez atravesada la vieja puerta de madera, sentir de nuevo recaer todo sobre mí, la gente a la que saludaba al tiempo que ofrecían sus condolencias, provocaba recuerdos que siempre me llevaban a él, y no era mejor cuando lograba escapar de su compañía, pues ese lugar suscitaba a cada momento su presencia, mientras caminaba por la casa esperando verlo salir de alguna de las estancias, para después, volver siempre la mirada al ataúd que reinaba en frente, a la cabecera del inmenso salón.

El día del velatorio llegó a su fin, y a pesar de que solo doce personas acudieron a él, cumpliendo así la voluntad de mi padre, decenas de ramos de flores se almacenaban en una sala contigua. Las tarjetas de condolencia se habían colocado sobre una mesita de mármol, abrí algunas, donde las palabras de duelo parecían sacadas de moldes para la ocasión, en ellas, desde el alcalde a otras personas relevantes de la villa, quisieron estar presentes a su modo, también vecinos y gentes del lugar, aunque entre todas había una que me llamó la atención, era una tarjeta anaranjada salpicada de gotas doradas, que estaba escrita en un idioma extraño que no identificaba, en ella solo podía leer un número de teléfono y algo parecido a un e-mail. La dejé en un cajón del escritorio del estudio para otra ocasión, y después me retiré buscando un momento de necesario reposo.

El móvil parpadeaba con una luz insistente, y el descanso parecía negármelo como una penitencia. Sabía de quién era esa señal, pero no quería contestar.

No tengo recuerdos de mis padres juntos: se separaron cuando yo tenía tres años, y por lo que sabía, nunca más se volvieron a ver, solo las obligadas palabras por teléfono, en lo que concernía a los temas derivados de una custodia compartida.

Mi padre siempre había atendido las necesidades económicas de su hijo, pero también las de su exmujer, gracias a eso ella nunca tuvo necesidad de trabajar. De niño lo veía como algo normal, como si el hecho de compartir la paternidad también obligara a velar por siempre a los cónyuges entre sí.

Nada se sabía del testamento, y desde el momento en que mi padre enfermó comenzaron los requerimientos de mi madre por esta cuestión, pero nunca hablé con él de ese tema. De hecho, nunca creí que pudiera morir.

\*

Cuando Goliat, un inmenso perro que solo parecía buscar la sombra de los centenarios cedros y enfadar al niño que fui con sus inmensas babas murió, no recuerdo si por enfermedad, vejez o por ambas, en ese instante tuve por primera vez la consciencia plena de lo que significaba la muerte, y produjo tal terror en mí que no era capaz de dominarlo.

Él se sentó a mi lado en el salón que da entrada a la biblioteca, mientras yo acababa las tareas del colegio, y me observó un momento antes de comenzar a hablar.

—¿Tienes alguna pregunta?

—No, papá. Ya sabes que, aunque me despisto a veces, las matemáticas se me dan bien —entonces fijó en mí su mirada, provista de esa intensidad que uno podía sentir como si lo miraran por dentro, lo que resultaba inquietante para un niño de diez años, y después de esbozar una gran sonrisa dijo:

—Me refiero a si tienes alguna pregunta sobre lo que le pasó a Goliat. Pareces inquieto desde que murió.

Algo se estremeció en aquel niño. No me gustaba ser tan transparente, es posible que lo creyera una debilidad, así que le contesté disimulando mi miedo, explicando cómo había escuchado que la muerte era un paso más en el proceso de la vida, y que como parte de esta había que aceptarla.

Él permaneció unos instantes en silencio, su semblante se volvió serio, por un momento pensé que había dicho algo malo, luego un brillo apareció en sus ojos, quizá fuera el recuerdo de un amigo que ya no regresaría, para acto seguido dirigirse a mí de nuevo.

—Bueno, creo que todos los libros de esta biblioteca juntos no podrían responder a esa simple pregunta que suscita la muerte —y se echó a reír mientras me miraba, pronto su rostro se volvió intenso y tranquilo al tiempo que continuaba observándome—. Mi pequeño, es normal echar de menos a los que se han ido, y a veces es tan grande la pérdida que te acompaña para siempre. Pero la vida al menos de momento es así, y debemos continuar. Unos te dirán que los que se han ido están en el cielo mirándote, otros que se han convertido en polvo y no hay nada más, y otros que nos reencarnamos de vida en vida evolucionando en la existencia. Puedes creer lo que mejor corresponda a tu naturaleza y, sin embargo, eso no cambiará lo que es en verdad. ¿Que cuál es la verdad? Ese es un misterio que cada uno debe descubrir, si es posible, pero si te sirve de consuelo, hay una certeza que se puede sentir sin necesidad de una fe ciega o una ciencia agnóstica, y esa es la que hay en tu corazón, el amor que llevas en él, pues el amor no acaba con la muerte, y es él quien da un sentido de eternidad a este efímero mundo.

Después hubo un pequeño silencio y se marchó a su estudio. Yo tardaría años en entender lo que acababa de oír, pero esa noche descansé plácidamente.

\*

El sueño llegó con su sigilo habitual, mientras los recuerdos envolvían mis pensamientos, hasta que una voz conocida me despertó con esa gentileza casi olvidada de los tiempos de mi niñez. El viejo Julián estaba de pie en la puerta de la habitación para avisarme de la hora como antaño. Él era el mayordomo y jefe de la casa, tenía cerca de ochenta años, y no se había retirado en parte

por el aprecio a mi padre, en parte porque su trabajo era su vida, no tenía hijos ni se había casado nunca, y salvo algunas imágenes fugaces de Julián pescando en el río, siempre asociaba su recuerdo a la vieja casa familiar, como si fuese parte constituyente de la misma. Me preguntó si desayunaría alguna cosa y se fue, a la vez que yo intentaba desperezarme, y me preguntaba qué sería de él y de todo lo demás, pero no lo sabía, ni me importaba, cerré los ojos y volví a encerrarme en mis recuerdos, hasta que llegada la hora me vi obligado a salir de mi cuarto, y a montarme en el coche para seguir aquella procesión silenciosa y terrible hasta el cementerio.

El entierro se produjo en silencio, la caja descendió despacio y las rosas que habíamos depositado sobre el ataúd, bajaban con él en un último homenaje, al igual que las lágrimas. Andrés llegó justo a tiempo para el funeral, me abrazó con fuerza y nuestros ojos se miraron con un profundo pesar sin pronunciar palabra, a lo lejos pude ver en el campo de cruces la figura de una mujer, ella había acudido también a despedir al único amor de su vida, eché con la mano un puñado de tierra y los sepultureros comenzaron su trabajo, busqué de nuevo en la distancia, pero ya solo quedaba el vacío.

Marcus me llamó esa misma noche, y quedamos en ir al día siguiente a una notaría o bufete de abogados de la ciudad, no lo había entendido bien, creo que no era capaz de escuchar, solo quería zambullirme en mis recuerdos donde aún podía encontrarlo.

Por la mañana me desperté temprano, y a pesar de no hacer ruido, Julián no me avisó para que bajase a desayunar. Creo que era el brillo de la luz por debajo de la puerta, lo que advertía al viejo Julián de que ya estaba en pie, pues estaba seguro de que el anciano permanecía vigilante, de niño había tentado la suerte en alguna ocasión, apagando de nuevo la luz con la esperanza de librarme de la escuela, pero el eficiente Julián siempre acababa conmigo a las puertas del colegio, él contento de llegar a tiempo, y yo pensando en una posible venganza contra el captor de mi libertad. Después de muchos días una sonrisa atravesó mi rostro, pero dejando la tristeza indemne.

Marcus me recogió puntual como siempre, llevaba un elegante traje gris, y su rostro expresaba el cansancio de una noche difícil. La notaría estaba en la calle principal, la fachada era de piedra y de construcción regia, a la entrada nos esperaban dos abogados ataviados con traje y corbata. El olor a papel invadía toda la estancia, mientras se veía a los empleados ir y venir en busca de archivos. Los abogados eran muy distintos entre sí, el mayor tenía el porte y la calma, aunque sus facciones parecían sombrías y sus ojos fríos. El joven aprovechaba el tiempo para poner en orden algunos papeles, a la par que miraba de forma compulsiva su reloj sin prestar atención a la hora, tal como un becario sobrepasado por el trabajo, y con miedo a perderlo. Cuando nos llamaron, el joven cerró el portátil que incorporaba su maletín y nos dirigimos a la sala principal. Era relativamente pequeña, revestida de madera clara y ángulos rectilíneos, presidida por la foto del rey y la bandera, todo acorde a un lugar solemne como era de esperar, y en el centro presidiendo la sala, la notaria, que nos dio la bienvenida, una mujer de gesto serio y mirada penetrante, que pronto dio señas de su carácter y autoridad, sin embargo, agradecí que a estas características sumase una faceta gentil, que nos dedicó dándonos el pésame, y palabras de ánimo para la ocasión.

Comenzó por leerse en voz alta, tras una breve exposición de los presentes y demás formalidades, el inventario de bienes. En ese momento me acordé de mi abuelo, en realidad, de lo que mi padre me había contado sobre su pasado, un joven y trabajador hombre de Andalucía, que había venido a Galicia en busca de mejor fortuna, y que pronto compraría sus primeras tierras y plantaría sus primeros castaños, mi padre cuenta que los primeros años fueron muy difíciles, y si él usaba la palabra «difícil» es porque debieron serlo, pero que en el transcurso de los mismos, pronto empezó a ganar dinero y así construyó la primera empresa de la familia, que producía dulces de castaña y que se dedicaba sobre todo a la exportación.

Escuchar un nombre conocido volvió a llevarme a aquella sala donde el olor a papel se mezclaba con un sutil perfume, pensé que

provenía de la notaria, pero pronto identifiqué que procedía de una joven secretaria que permanecía en un rincón, era hermosa, de porte esbelto y que poseía esa rara virtud de pasar desapercibida. Escuché de nuevo un nombre conocido, pero esta vez reclamó toda mi atención: «En lo referente a la asignación de mi exmujer Rocío del Sil Martínez, dejo total libertad a mi hijo Pelayo Japón del Sil, para que se mantenga o no, según su voluntad». Siguieron otras palabras, pero por un momento permanecí confuso, entonces volví a escuchar: «A Marcus Itoshi le dejo en herencia la casa en la que reside, así como la propiedad de la empresa castaños Japón. Los gastos que puedan derivarse de ponerlo a su nombre correrán a cargo de esta herencia».

Marcus hacía las veces de gerente de las empresas de mi padre, pero no sé lo que más me sorprendió, si el hecho de que le dejase la primera empresa fundada por mi abuelo o la cara de Marcus. Aunque pasó su niñez en Suiza, donde su padre, un nipón de ascendencia noble había sido embajador, y de no conocer Japón hasta ser ya un adolescente, Marcus era japonés por los cuatro costados, y parecía haber heredado el carácter de los legendarios guerreros samuráis, por ello fue sorprendente para mí, ver la emoción reflejada en su rostro.

La notaria continuó: «Declaro heredero universal de todos mis otros bienes y empresas a mi único hijo, Pelayo Japón del Sil». Al terminar y luego de la firma de rigor, la notaria dijo que para la última disposición del testamento debíamos abandonar todos la sala, excepto Marcus Itoshi. Me sentí confuso, pero en el momento en que me levantaba para salir, el abogado mayor que entendía quién podría ser su nuevo cliente preguntó por esa disposición poco común a la notaria, que especificó con gesto algo molesto que se trataba de una carta. Al no suponer valor económico alguno, el abogado me apremió a abandonar la sala, no obstante, para mí tenía una gran importancia, era la última carta de mi padre, y me privaban de su conocimiento obligándome a salir. La sorpresa fue aún mayor cuando al abrir la puerta descubrí a Julián, estaba de

pie aguardando a que lo llamaran, lo que se produjo al tiempo que yo salía. Después de saludarme, entró en la sala diciéndome que un taxi me esperaba a las puertas de la notaría. Por un momento pensé en darme la vuelta y entrar de nuevo en la estancia, pero sabía que no era posible. Fui en busca del taxi mientras se despedían con amabilidad los trajeados abogados, no sin antes darme su tarjeta y dedicarme palabras sórdidas de adulación. Subí al taxi y me encaminé a casa, esta estaba construida sobre las ruinas de una casona vieja, que los lugareños llamaban la casa de los condes, mi abuelo, tal vez porque para él era un signo de éxito, y de haber dejado atrás un origen humilde, quiso comprarla y reconstruirla conservando su noble nombre, y la convirtió en una gran edificación que rodeada de los centenarios cedros conservaba un aire señorial, y donde al parecer los gustos más sobrios de mi abuela, evitaron alguna que otra ingeniosa excentricidad, no obstante, la fortuna familiar provenía en su mayor parte, del descubrimiento por parte de mi padre de una cura para la enfermedad de los castaños. Él siguiendo el deseo de su padre estudió Botánica, y se especializó en plagas producidas por hongos, tras trabajar en varios laboratorios continuó en solitario con un grupo de amigos de mentes despiertas, así primero fue descubierta la cura para el chancro del castaño, y cinco años más tarde para la avispa, creando clones que no se veían afectados por el insecto en todas las variedades de castaña. Al principio intentó centralizar la producción en la zona, pero tras su éxito y aumento consecuente de la demanda internacional, vendió primero una patente a un laboratorio francés, y la segunda a uno en Japón, lo que le reportaría una suma millonaria que supo gestionar de forma brillante, de esa época solo Marcus permaneció a su lado, y continuaría hasta el final.

\*

Cómo explicar el olor del aire de una mañana otoñal en Valdeorras, y la belleza de la noche mientras la luna llena juega sobre las

aguas del Sil. En mis viajes he conocido lugares de belleza incomparable, pero siempre he echado de menos sus redondeadas montañas, azotadas por el viento del invierno y por el intenso calor del verano, aunque con su muerte, habían perdido ante mis ojos gran parte de su belleza y encanto, y no creía que pudieran recobrarla.

Los siguientes días se sucedieron de papeleo en papeleo, todo ello algo formal, él lo había planificado todo hasta el más mínimo detalle, y una vez acabado, hubo que disponer sobre la gerencia de las empresas que había heredado, de los fondos y acciones, así que llamé a Marcus para conocer su voluntad de seguir o no al frente, y ofrecerle una compensación en caso afirmativo. Lo primero le ofendió, mas no tanto como el ofrecimiento de lo que podría llamarse una subida salarial, me di cuenta de que el trato entre nosotros había cambiado tanto como nuestra relación, y había sido yo el que no se había dado cuenta, nunca fui muy refinado en las relaciones sociales, como me había hecho advertir en más de una ocasión el propio Marcus en el pasado. Para él yo era el hijo de su amigo, de su jefe, como japonés tradicional le unía una deuda de honor con mi padre, y al parecer esa deuda la había heredado también. Me hubiera gustado disculparme, pero al menos me di cuenta de que eso le ofendería aún más, en su lugar le tendí la mano con una sonrisa, y le agradecí sus muchos servicios pasados y su fidelidad para con el futuro. Él salió algo más tranquilo ante ese trato formal, y yo me quedé incómodo por esas mismas formalidades, con las que había convivido en Japón durante los últimos meses, que alejaban a las personas entre sí en favor del mantenimiento de un orden común y, sin embargo, en ese mismo momento el recuerdo de mi padre me hizo ver, que algunas personas son capaces de respetar o transgredir las formas, sin por ello caer en la ofensa o el error, aunque parecería condición indispensable su elegancia y su calma. El recuerdo hizo que lo echara en falta de inmediato hasta casi faltarme el aire, pero el sentimiento de descubrir algo cierto me tranquilizó.

Julián me comunicó que debía decidir qué hacer con la secretaria personal de mi padre, sobre si ella se ocuparía de mi agenda y

mis asuntos personales, o bien quería arreglarlo de otra forma. La señora Esteban era una mujer de más de cincuenta años, echarla no era una opción, ¡pero una agenda! Yo, que mi máxima ocupación era la de decidir cuándo volvería a Japón, era cuanto menos ridículo. Decidí mantenerla en su puesto y le dije a Julián que le encomendase la recopilación de los últimos proyectos de mi padre para presentármelos.

Ella estaba de pie al lado de la silla, era una mujer de baja estatura y regordeta, que junto a sus mejillas sonrosadas le daba un aspecto más juvenil, al sentarme después de las presentaciones y saludos de rigor, me di cuenta de que ella esperaba mi permiso para hacerlo, fue el preámbulo de una tensa reunión, la señora Esteban me contagiaba su nerviosismo, pronto me percaté que había sido un error haberle encargado recopilar los proyectos de mi padre y exponerlos, ella era una mujer culta sin duda, versada en idiomas, lo que le daba un cierto tono poco común a su voz, no de extranjera, pero sí peculiar. Ella programaba todas las reuniones, visitas y recepciones de mi padre, pero desde luego no entendía ni le había preocupado nunca lo que hacía, no era su función, y ahora el atolondrado de su hijo le encargaba recopilar, exponer y explicar proyectos como si fuese una becaria. Fue una exposición horrible, donde ambos sufrimos la situación, la despedí encargándole que se ocupara de mis viajes, y diciéndole que Marcus determinaría sus otras ocupaciones, ya que yo de momento no tenía una actividad profesional definida a tiempo completo, no pareció muy satisfecha, pero ante la posibilidad de la pérdida de su puesto fue muy cortés. Dejó todos los documentos ordenados encima del estudio antes de marcharse, y entre ellos el último puente de mi padre. Había sido su gran afición, gran parte de su tiempo libre lo dedicaba al estudio y planificación de puentes sobre el Sil, los planificaba al detalle: materiales, medidas, carga, al principio solicitando ayuda de un amigo arquitecto, pero con el tiempo solo se los daba a revisar una vez acabados, y si el dibujo final, que solía realizar a carboncillo con todo detalle, era de la suficiente belleza y proporción exac-

ta, lo colgaba en su estudio, tan solo cinco habían pasado ese duro examen, y este último era muy curioso, un diseño futurista que diríase se sustentaba en el aire sobre el río. Yo me preguntaba si sería ese el que me prometía construir al final de todos los veranos, para que volviese más tranquilo a la casa de mi madre.

\*

Estaba en el jardín preguntándome qué debía hacer con todo aquello, que en el fondo sentía no haber merecido ni ganado. Sabía que la vuelta a Japón se acercaba y no era capaz de ver que me depararía ese viaje, pero estaba seguro de que regresaría a España para emprender un proyecto. Pero ¿cuál? ¿Cuál podría estar a la altura de mi padre? Estaba tan absorto en mis pensamientos que no escuché llegar a Julián. Se sentó a mi lado, algo muy poco usual en él.

—Joven Pelayo, tengo que hablar contigo —no hubo que decirle que no me llamara señor, ni que dejase esa costumbre nueva de tratarme de usted. Algo no iba bien y pude ver que en sus manos llevaba un sobre grande y amarillento.

—Dime, Julián, qué ocurre.

—Antes de que tu padre enfermara le pedí que me liberase de su servicio, mi intención era irme muy lejos, a pasar mis últimos años en la calma de la soledad, él accedió y me pidió que buscase a una persona de confianza para ocupar mi puesto, eso me llevó tiempo, pero antes de que el cambio se produjera tu padre enfermó. Casi a diario me preguntaba si había encontrado a la persona adecuada, y yo siempre le respondía lo mismo, hasta que se dio cuenta de que no había forma de convencerme de que me fuera.

—Julián ...

—Joven Pelayo, esta carta es para usted. Le aseguro que no es para pedirle recomendación —su rostro se iluminó con una sonrisa triste—. Si necesita algo de mí, la dirección y mi número están en el archivo de la casa.

Su tono volvía a ser el habitual, y regresó el usted demasiado rápido para mi gusto, pero su inmediata partida me preocupaba en demasía como para quejarme. La voz de Julián se entrecortaba, y sus ojos azules que habían visto pasar muchos inviernos se llenaron de agua, me dio un abrazo tierno como solo los que han vivido lo suficiente pueden regalar, y se despidió.

Todo parecía volver a tambalearse, me refugié en mi habitación y abrí la carta de Julián, pero la carta no era tal, sino la copia de un testamento hecha en un papel blanco e impoluto que contrastaba con el viejo sobre. Subí corriendo las escaleras que llevaban a su cuarto, la puerta estaba abierta, y la habitación vacía, como si en años nadie la hubiese utilizado. Me acerqué a la ventana y miré a través del cristal esperando ver su figura alejándose. ¿Cuánto tiempo había pasado desde nuestra conversación en el jardín por la mañana? Apenas unas horas y, sin embargo, esta era la realidad que se presentaba ante mí.

Cuando llamaron a la puerta tuvo que sonar dos veces el timbre para recordar que Julián ya no estaba. Abrí y delante de mí vi a un joven de tez blanquecina y pelo oscuro. Iba bien vestido y sus ojos parecían despiertos. Pronto me fijé en una pequeña maleta que descansaba a sus pies.

—Soy Nielsen Sven. He venido en cuanto he recibido el aviso del señor Julián. Espero que mi retraso no haya causado inconvenientes. Llamé en varias ocasiones para avisar de mi llegada, pero no conseguí contactar.

No daba crédito, ¡aquel personaje era el elegido por Julián!, un joven imberbe con marcado acento nórdico y que se presenta a medianoche. El juicio de Julián siempre había sido ley en esta casa, aunque empezaba a dudar de que la edad le hubiese pasado factura, o fuese la venganza de aquel que tuvo que lidiar con un pequeño rebelde.

Le hice pasar, no sin mostrar mi descontento mirando la hora, Nielsen no se inmutó, le mostré el camino a la estancia de Julián y le dije que mañana a horas más adecuadas le mostraría la casa y

hablaríamos de las condiciones, siguió caminando sin contestar, al llegar a la habitación se detuvo y me miró sonriente.

—No se preocupe, la casa la conozco a la perfección, Julián tuvo el detalle de enseñármela por completo, y de especificar el trabajo que se espera de mí, como sabrá, Julián gestionó mi contrato y todas las disposiciones incluido el sueldo —mi cara de sorpresa debía ser mayúscula. Nielsen guardó silencio un momento, para luego proseguir con una leve sonrisa—. El contrato, como sabe, incluye quince días de prueba para rescindirlo por ambas partes libremente, periodo que se puede ampliar a un máximo de tres meses —y con un buenas noches señor se despidió.

Permanecí unos segundos inmóvil en el pasillo, incrédulo por lo que había ocurrido y con la extraña sensación de no tener el control sobre lo que ocurría en mi propia casa, y ese último pensamiento hizo que me sonrojase, al considerar por primera vez como propia la casa de mi padre.